

APORTES PARA PUEBLA

CONFERENCIA EPISCOPAL BRASILEÑA

DEL PUNTO DE VISTA ECLESIAL

La situación eclesial presenta aspectos negativos y positivos. Entre los aspectos negativos llamamos la atención hacia la situación de una Iglesia que no se siente todavía suficientemente preparada para enfrentar los problemas de la civilización urbana e industrial que generan las metrópolis. La estructura parroquial, aunque todavía válida, viene mostrando inadecuación para evangelizar esos grandes centros urbanos, donde los medios de comunicación social ejercen gran influencia, frecuentemente en conflicto con el mensaje del Evangelio, y superan en eficacia al magisterio de la Iglesia.

La Iglesia se resiente de la expansión del secularismo, del ateísmo, que tocan más a las familias, y de la expansión de ideologías anticristianas; para resistirlas faltó adecuada formación de la conciencia crítica. En ciertas áreas, se profundiza la dicotomía entre fe y vida.

El impacto de esas ideologías produjo divergencias internas en la Iglesia por parte de figuras del clero y de las élites intelectuales.

Las clases medias y altas, en las grandes ciudades, revelan cierta falta de compromiso social. Al lado de esto se observa en todas las clases, sobre todo en la población menos asistida, un éxodo hacia el espiritismo, las religiones esotéricas y orientales y ciertas sectas proselitistas.

La reacción pastoral de la Iglesia ante esa situación encuentra obstáculos serios. Urge descubrir creativamente formas de comunión eclesial adecuadas a la evangelización de la ciudad, donde el tipo de relación interpersonal no ofrece las mismas oportunidades que las comunidades eclesiales de base en el mundo rural. A veces, la acción social desarrollada por la Igle-

sia en apoyo de su acción pastoral es confundida con subversión y servicio al comunismo.

La imagen de una Iglesia ligada a los poderes opresores, del pasado todavía reciente, redujo su credibilidad evangelizadora. La Iglesia no consiguió dar siempre un testimonio bastante convincente de pobreza y profetismo.

Una acción pastoral muchas veces reducida casi a un simple proceso de sacramentalización, sin preocupación por el acompañamiento e inserción comunitaria, tuvo como reacción una peligrosa desvalorización de la participación sacramental, máxime de la Penitencia, del Matrimonio, de la Eucaristía y tal vez hasta del Bautismo.

La Iglesia de la América Latina es una Iglesia todavía dependiente de recursos humanos y materiales para la evangelización.

Se observa escaso conocimiento de la doctrina social de la Iglesia, a no ser por parte de especialistas. El pueblo en general ignora hasta los documentos de la Iglesia, los cuales no le son suficientemente comunicados.

La Eclesiología que se va elaborando en Latinoamérica todavía se muestra más vivencial que sistemática.

Una renovación de la Liturgia mal entendida, en algunos ambientes, llevó a una pérdida de preciosas formas de expresión de la religiosidad popular. Tal pérdida es una de las causas del fenómeno del sincretismo religioso.

El sentimiento religioso del pueblo es poco esclarecido y está envuelto en formas de sincretismo. No discierne bien entre Providencia y fatalismo, entre culto auténtico y cultos sincréticos. Las devociones tienen carácter sentimentalista. Dios es apprehendido como el Dios providente, el solucionador de casos, el último recurso del pobre, Dios, en los medios más urbanizados e intelectualizados, se reduce a un concepto distante, notional, objeto de manipulaciones, desvinculado de la realidad. No es anunciado como aquel que se revela a través de la propia Historia.

Por otra parte, los agentes de pastoral —sea llevados por la ignorancia de los valores de la religiosidad popular, sea impulsados por cierto racionalismo teológico— impulsieron a los fieles una pastoral de cursos y reflexiones que dificulta la manifestación de su religiosidad, favoreciendo su paso a otras religiones.

Entre los aspectos positivos se registra la situación de una Iglesia que, más inclinada hacia el pueblo y más preocupada por los sencillos, sabe asumir posiciones proféticas, que le merecieron persecuciones, al mismo tiempo que la gloria de sus primeros mártires. En este contexto, es de señalarse que se destacaron figuras proféticas en el episcopado, entre los religiosos y los laicos.

Esa Iglesia sabe dejar de lado privilegios tradicionales, ganando así mayor libertad ante las fuerzas económicas y políticas, y pudiendo establecer una ligazón mayor entre evangelización y cambio social, por un mayor espíritu de servicio, especialmente en el anuncio y en defensa de los derechos humanos y en base a la denuncia de sus violaciones.

La comunión interna de la Iglesia se expresa más claramente en estructuras visibles: CELAM, Conferencias episcopales y religiosas, Consejos presbiteriales y parroquiales, articulaciones de Iglesias hermanas, Consejo Indigenista Misional.

Las Comunidades Eclesiales de Base constituyen una valiosa realidad en la vida del hombre y de las comunidades, por

DISTRIBUIDORA



ESTUDIOS

- * AUTORIZADA PARA HACER O RENOVAR SUSCRIPCIONES DE "SIC"
- * DISTRIBUCION Y VENTA DE PUBLICACIONES DEL "CENTRO GUMILLA"
- * VENTA DE PUBLICACIONES Y MATERIALES AUDIOVISUALES DEL "CENTRO PELLIN"
- * LIBRERIA ESPECIALIZADA EN TEXTOS DE PRIMARIA, TEOLOGIA, PEDAGOGIA, FILOSOFIA, CIENCIAS SOCIALES Y COMUNICACION

Torre Bandagro, local 1
Jesuitas a Mijares
Apartado 2.885
CARACAS - 101
Tfnos. 81.33.55 y 81.12.35

la vivencia, testimonio y acción en las dimensiones religiosa y social.

Se renueva la vida litúrgica de la Iglesia, su vida de oración y de contemplación. Crece en ella la conciencia de la presencia del Espíritu Santo en su vida, con expansión de los movimientos carismáticos. Las Iglesias particulares fueron revalorizadas a la diversidad de sus carismas.

Se asiste al surgimiento de nuevos ministerios, nuevos tipos de misiones, con la valorización de expresiones, gestos y símbolos propios del pueblo. Crece la valorización del laicado, con aceptación mayor de su trabajo y la corresponsabilidad de sus miembros más conscientes.

La Iglesia puede desarrollar así una pastoral más extensa, con la expansión de los círculos bíblicos, formación de agentes de pastoral, reciclaje de sus miembros, aun los obispos, además de presbíteros y líderes laicos, con un creciente número de comunidades religiosas más insertas en los planos de pastoral de conjunto y en la realidad del pueblo, viviendo entre él en pequeñas comunidades.

Se expandió una catequesis más atenta a la situación en todos sus niveles; generadora y formadora de la fe; educadora de la conciencia moral y del sentido crítico; formadora del espíritu comunitario y del compromiso social.

La Iglesia se abrió más a los medios de comunicación social y fue más aceptada por ellos. La palabra de la jerarquía, los pronunciamientos nacionales o diocesanos encontraron mayor resonancia aun en sectores no confesionales. La Iglesia se volvió noticia.

Crecieron las iniciativas de carácter ecuménico y se ampliaron las formas de cooperación entre las Iglesias cristianas.

La juventud, muy susceptible al valor de la autenticidad, reacciona frente a ciertos contra-testimonios de la Iglesia, pero descubre nuevamente el valor de la vocación sacerdotal y religiosa, dando esperanzas para el futuro.

Se desarrolla un pensamiento teológico original latinoamericano, gracias al esfuerzo de nuevos teólogos que hacen Teología a partir de la realidad, preocupándose con la justicia social y la Iglesia de base.

DEL PUNTO DE VISTA SOCIO-POLITICO-ECONOMICO

Se observa en el continente latinoamericano una exacerbación del conflicto entre opresores y oprimidos, debida a una situación de clamorosa iniquidad social.

Se acentúa la injusticia en la repartición de la tierra por la presión ejercida por grandes empresas sobre los que la ocupan y sacan de ella los medios de subsistencia; así aumenta la proletarianización del hombre rural. A los mecanismos de presión de esas empresas se añade la criminal política agraria de algunos países suramericanos que amenazan la supervivencia de la pequeña propiedad rural, trabajando en un régimen de economía familiar.

Esa presión va alcanzando también a las poblaciones indígenas, diezgadas progresivamente por la reducción de sus reservas, por las migraciones forzosas, por el contagio con los frentes de expansión del capitalismo agrario que acaba por absorberlas como mano de obra indefensa y fácilmente explotada.

La inicua repartición de las rentas está propiciando un peligroso enfrentamiento de las clases sociales. Cuando, por una parte, una minoría puede permitirse patrones refinados de consumo, por otra la gran mayoría de los marginados se extenua en la lucha por la supervivencia. En la América Latina se encuentran los países de más amplio espectro de dispersión salarial, que constituyen el más grave escándalo social en un continente que es tenido por cristiano.

La posesión de los medios de producción se concentró en las manos de grupos poderosos, o del Estado, al mismo tiempo que se aceleró la desnacionalización de las economías nacionales por el dominio creciente de las Transnacionales.

Una buena parte de los problemas de nuestras ciudades vienen de las relaciones de trabajo, fruto de la concentración del poder económico y la consecuente explotación de los tra-

bajadores, cuya vida familiar y social están condicionadas por el salario bajísimo que reciben.

Esos diversos fenómenos propiciaron en ciertos medios el crecimiento de la receptividad del mensaje marxista y los llevaron a buscar en sus teorías los instrumentos para interpretar la realidad, y en sus métodos, la estrategia para transformarla.

Aumentaron las concentraciones urbanas a un ritmo acelerado por las migraciones de grandes contingentes humanos a través del éxodo rural. Así se crearon problemas que amenazan de colapso a las propias megalópolis. Entre esos problemas se destacan la extensión de las zonas de favelas o ranchos, situando a las ciudades a partir de sus periferias; la política de remoción de las favelas, exacerbando el problema de la segregación de los pobres y el crecimiento de la criminalidad y de formas salvajes de violencia.

Aumentaron también los problemas de migración interna, problematizando la familia y, muchas veces, su futura instalación en otra región y normalmente la posibilidad de trabajo.

El contexto urbano está produciendo condiciones siempre más adversas al desarrollo normal de las familias. El problema habitacional asume graves proporciones, con sus soluciones frustradas por la desenfadada especulación inmobiliaria, absorbiendo, para construcciones de alto lujo, recursos de programas habitacionales inadecuados.

Una alarmante difusión del uso de las drogas viene rompiendo especialmente a la juventud. Esta difusión, explotada por mafias organizadas, genera nuevas formas de crimen y de terror y, por sus ramificaciones en todas las clases sociales, vuelve ineficaces los deseos de combatirla.

Crece en proporciones alarmantes el problema del menor abandonado, provocando, entre otras consecuencias, el aumento de la promiscuidad y de los índices de criminalidad juvenil.

La situación de injusticia está siendo mantenida por mecanismos de violencia institucionalizada, por fuerzas de represión que operan fuera de la ley, gozando de la omisión, la complacencia o la complicidad de los poderes generando reacciones de desesperación que ofrecen pretexto para represiones más violentas.

La dinámica de ese proceso aumenta la multiplicación de las violaciones de los más elementales derechos humanos: allanamiento de domicilios, secuestros, destierros, desapariciones de personas indefensas, prisiones arbitrarias, supresión del "habeas corpus", información abusiva, torturas y muertes.

Por el surgimiento de regímenes militares, los sistemas políticos del continente fueron progresivamente influenciados por la doctrina de la Seguridad Nacional, que, absolutizando al Estado, redujo la seguridad de las personas y concentró el poder en las manos de oligarquías restringidas que deciden el destino de las naciones.

Tal proceso está facilitado por la manipulación oficial de los medios de comunicación y de la educación, que pierden su significado libertador para transformarse en procesos de instrumentalización de las personas al servicio de los objetivos del desarrollo económico.

La América Latina viene perdiendo su oportunidad histórica de realizar un modelo justo y humano de desarrollo, sucumbiendo a las seducciones del consumismo y alienando su libertad política en las manos de una tecnocracia que reduce las personas a números de los cálculos de una ingeniería social y suprime los espacios de libertad de las entidades intermedias: familia, instituciones, asociaciones, sindicatos...

Los esfuerzos del continente por liberarse de una condición secular de dependencia, son amenazados de fracaso por las articulaciones trilaterales de los polos de dominación, tendientes a transformar el subdesarrollo, de una fase transitoria de un proceso, en una función permanente y tolerable de un sistema global.

DEL PUNTO DE VISTA CULTURAL

La cultura latinoamericana se distingue de la española y la portuguesa; no se olvidan los elementos indígenas y africa-

nos que la marcaron, promoviendo un estudio cuidadoso para discernir los valores en las existentes y respetándonos en nuestra convivencia continental; en ese contexto asumen importancia especial el sincretismo de Umbanda y los cultos afro-brasileños.

Todavía no se encuentra una respuesta latinoamericana satisfactoria sobre la preservación de las culturas y la aceptación mundial de hoy: continúa abierta la pregunta de cómo crear conciencia crítica e integrar nuevos valores.

La Iglesia ganará mucho en credibilidad si pone énfasis en el tema de la religiosidad popular a partir de una opción por el pobre. Su respuesta debe basarse en la realidad del continente, situándose en su contexto histórico, y no importando esquemas interpretativos de contextos históricos muy diferentes.

Entre los valores más expresivos de la cultura latinoamericana resaltan los siguientes: religiosidad popular, familia, relación interpersonal, hospitalidad, bondad, comprensión, perdón, capacidad de sufrir y luchar, capacidad de asimilar habilidades técnicas.

También se observa una amalgama de contra-valores que surgen de la segregación racial, del poderío económico y político.

Existe una verdadera violencia contra la heterogeneidad de culturas: por los medios de comunicación social y por el consumismo, que nivelan las culturas y llevan a la cultura de masa; por la expansión de subculturas de carácter religioso y por la presión que favorece la implantación estratégica de una sociedad de consumo.

La marginación cultural del pueblo trae consecuencias serias para la vida de la fe y de la convivencia social; y la marginalidad de la mujer, que todavía aparece en nuestro continente, debilita la vitalidad constructora de la sociedad y de la Iglesia.

A pesar de que la Iglesia toca parcialmente ciertos núcleos de cultura del pueblo más humilde (escuela, culto, etc.), le falta metodología para responder a las necesidades de las expresiones culturales; se verifica un proceso evolutivo en la tentativa de respuestas, más los valores que existen en los grupos populares todavía no son aprovechados.

Obsérvase también que algunos sectores abusan del título "cultura cristiana en la América Latina" para defender el mantenimiento del statu quo de la sociedad, vaciando e instrumentalizando la palabra "cristiana".

En el enfoque de la realidad latinoamericana es indispensable integrar los diversos síntomas en una referencia a sus causas profundas: opción por un capitalismo dirigido por la tecnocracia, sin atención al valor de la persona humana y sus derechos; opción por regímenes de fuerza como única alternativa para mantener el orden; visión miope de un dualismo irreducible entre capitalismo y comunismo, como si no fuera posible ser anticapitalista sin ser comunista.

ELEMENTOS PARA JUZGAR ESA REALIDAD EN CUANTO IGLESIA

Para juzgar la realidad latinoamericana a la luz de la Palabra, deben destacarse algunos elementos: la Iglesia quiere vivir un momento intenso de testimonio de fe, de proclamación de la gracia de Cristo que dé testimonio de solidaridad entre sus miembros. Así quiere hacerse visible como señal de comunión entre las personas.

Dada la vocación original de todo hombre para ser hijo de Dios, y por consiguiente su destino a una comunión de vida con Dios y participación en su felicidad, toda situación negativa, como las arriba descritas, debe ser caracterizada por la marca de pecado, esto es, de una situación que ofende a Dios por el hecho de contrariar a la dignidad del hombre como hijo de Dios, y por eso no puede ser justificada y mucho menos mantenida.

La comunión con el Padre hará de ella un instrumento de conversión de los hombres para la unión, donde cada miembro podrá llegar a la participación activa y a la corresponsabilidad a través de organismos eficaces.

Por la convivencia asumida de modo práctico y siempre nuevo, la Iglesia será vista como señal e instrumento de salva-

ción y podrá educar a los hombres de este continente para la auténtica solidaridad, venciendo todas las formas de injusticia, dentro y fuera de ella.

La Iglesia, solidaria, señal e instrumento de comunión en medio del pueblo, superará cualquier vinculación a sistemas o regímenes de opresión. Asumiendo su misión de servicio a los hombres, en especial por el compromiso claro de estar al lado de los pobres y oprimidos, manteniéndose abierta a todas las clases sociales, la Iglesia dará testimonio de su atención a las necesidades de la persona humana en todas sus dimensiones.

Pueblo de Dios en marcha, todos los miembros de la Iglesia participan de la misma aventura, animados por la esperanza de la liberación. La fe en la Palabra de aquél que pasó haciendo el bien, sufrió, murió y resucitó, suscita en lo íntimo de cada cristiano el espíritu de servicio que compromete a todos y a cada uno en el proceso de lucha por la superación de los sufrimientos, de la miseria, de la pobreza, de la injusticia, de la opresión de cualquier tipo.

En este sentido, la propia Iglesia, para ser auténticamente evangélica, deberá superar las discriminaciones internas.

Las funciones de los obispos, de los presbíteros, de los diversos ministerios y de los laicos, serán siempre distintas. Mejor definida, sin embargo, de modo práctico y concreto, la misión de los pastores no les confiere títulos de honra y de privilegio, sino de servicio.

Así la Iglesia se presentará al Padre y ante los hombres como los "hijos reunidos en Cristo por la fuerza del Espíritu Santo".

Unida en la misma fraternidad, la Iglesia debe diversificar los ministerios, no según patrones preestablecidos, sino según el impulso del Espíritu, de acuerdo con las necesidades de las comunidades en diferentes situaciones. La diversidad de dones y carismas dará a la Iglesia una, la multiforme capacidad de servir con disponibilidad, apertura, eficacia y abnegación.

En América Latina, las comunidades de base y muchas otras formas de convivencia eclesial están exigiendo una especificación y preparación más adecuada de los obispos, presbíteros y diáconos, para el ejercicio de su función. Pero va más allá la necesidad de nuestras situaciones: la creatividad sugerirá el reexamen crítico de los actuales modelos de ministros y la creación de nuevos ministerios que, a su vez, reclamarán procesos de madurez en la fe y en la conciencia eclesial, además de una verdadera aceptación por parte de la jerarquía y de las comunidades.

La Iglesia particular, con sus características y fisonomías propias, no puede perder de vista la trascendencia de la fe y de la unidad visible con las demás iglesias, marco central del cristianismo.

En el anuncio del Evangelio, en la defensa valiente de los derechos humanos, en la encarnación que hace asumir a la persona humana en sus circunstancias concretas, es preciso que la Iglesia viva el dinamismo de la conversión para la unidad, sin encerrarse en el particularismo.

El auténtico espíritu evangélico hace de la Iglesia señal e instrumento de la salvación, reveladora del sentido liberador de la fe, frente a los acontecimientos y a las señales de los tiempos. Por otro lado, ella denuncia toda imagen de iglesia dominadora, imbuida de espíritu clerical, identificado muchas veces con la jerarquía, y coloca, en lugar de eso, su compromiso con la Historia y con el pueblo. En particular, se compromete con las comunidades que se reúnen para escuchar la Palabra, y bajo el impulso del Espíritu encarnan la fe viva en los hechos de cada día, celebrándolos en la comunión con el misterio de Cristo.

EN CUANTO A CRISTOLOGÍA

El caminar del pueblo de Dios está marcado por el paso de Jesús de Nazaret, que entra en el mundo y en la casa de los pecadores. Esto significa que él asume las situaciones reales del hombre en las circunstancias en que éste vive. Sus actitudes concretas siempre fueron de liberación de situaciones concretas.

Cristo liberador es el profeta que pone hechos con los que el doliente, el marginado, los niños y toda persona situada en cualquier forma de abandono, dejan de vivir en la margina-

lidad y pasan a formar parte de un pueblo. La Iglesia de América Latina, seguidora del Cristo que convive con la gente de su tiempo, sabe y debe asumir condiciones de la pobreza, del perseguido y del marginado, como causa propia, para identificarse con ella.

El Cristo muerto y resucitado está vivo y presente en la historia de todos los tiempos, sobre todo por la Iglesia, que es su sacramento de acción salvadora. Está del mismo modo presente en la persona humana, máxime en el pobre, pues vino para dar la plenitud de vida.

El mismo Jesús, don del Padre a la humanidad para liberarla, continúa ofreciéndose como propiciación por nuestros pecados y vive intercediendo por nosotros.

La Eucaristía es la realidad y la proclamación del Cristo siempre presente.

El Cristo que vivió la condición humana, profeta muerto y resucitado, convoca a su Iglesia, que prolonga su cuerpo en el tiempo y en el espacio. Ella integra, como miembros suyos, a cada ser humano, de cualquier raza y condición. Cada hombre encarna en sí la imagen de aquel que vino en debilidad y fue liberado de ella por el Padre a fin de hacer de cada persona un "hijo muy amado", escogido para ser —por la fuerza del Espíritu— configurado con el Señor Jesús, destinado a la resurrección. Por eso, aquí y ahora, cada ser humano ya merece todo respeto.

Partiendo de la visión del hombre, especialmente del hombre que sufre, manifestación viva de Jesús, la Cristología procura iluminar simultáneamente el conocimiento de Cristo, revelador del Padre, y el conocimiento más profundo del propio hombre.

La Cristología, como evangelización, debe anunciar a Cristo, como Hijo Unigénito de Dios, que se hace hombre para, precisamente, rehacer al hombre como hijo de Dios, uniéndolo a sí y haciéndolo vivir de su vida de resucitado, venciendo el pecado en toda su extensión individual y social.

EN CUANTO A LA LITURGIA

La liturgia, centro y cumbre de la vida eclesial, debe ser la fuente de toda y cualquier evangelización. La vida del hombre del campo, de la periferia, de los centros urbanos, vivida en la fe y en la esperanza, se caracteriza por el sufrimiento que necesita de liberación y de nuevas perspectivas.

Cristo, hombre muerto e Hijo de Dios, resucitado por el poder del Espíritu, se torna motivo de fuerza y de ánimo para el pueblo en marcha.

El misterio pascual que la liturgia presenta en señales, es la historia del hombre de todos los tiempos. No basta que los ritos hagan mención del Jesús histórico. Es preciso que la realidad del misterio se aproxime concretamente a la realidad vivida por el hombre de hoy; que los gestos, símbolos y palabras, revelen la situación de las comunidades y al mismo tiempo sean reconocidos como expresión del misterio.

La unión del misterio y de la situación del hombre de hoy proclama la gloria de Dios y la liberación del hombre. Celebrar significa, pues, colocar en armonía el hombre en su situación y la esperanza del Reino que se prepara.

Así como la evangelización es indispensable para que las señales litúrgicas expresen el misterio celebrado, así la liturgia se presenta como modo práctico y concreto de manifestar los aspectos de vida cotidiana asumida por Cristo.

EN CUANTO A LA EVANGELIZACION

La persona humana, centro de toda acción apostólica y destinataria de la evangelización, es de hecho el punto de partida de la encarnación de la liturgia. Ignorar la situación del hombre es también ignorar el camino para el conocimiento de Dios. La tarea de evangelizar, por el testimonio y por el anuncio, debe llevar a la persona humana y a los grupos sociales:

- a tomar conciencia de su dignidad y de la situación en que se encuentran;
- a comprometerse en la renovación de su vida y de la sociedad, según los valores evangélicos, a través de la vivencia de la solidaridad humana y de la participación en la comunión eclesial (cf. E. N. núm. 19).

— a buscar una liberación que sobrepase todos los límites temporales y que tenga plena realización en la comunión con Dios (cf. E. N. núm. 27);

— a manifestar su acción en todas las dimensiones del MANDAMIENTO NUEVO, que es un amor inteligente y crítico (cf. E. N. núm. 38).

La Teología de la comunión da sentido, fuerza y rumbo a la Teología de la liberación, liberar integralmente para la plena comunión de la vida fraterna de los hombres entre sí, y comunión filial de los hombres con Dios Padre.

Toda evangelización liberadora es, por eso, también transformadora del mundo en que la persona humana vive y se realiza. Es propio de la índole seglar que el laico ejerza una acción de presencia en un mundo contaminado por el pecado, para re-crearlo según el designio de Dios. La salvación se sitúa en el plano de la propia creación.

La formación de la conciencia misionera es indispensable. Quien no alimenta el ansia de salvar al "hombre todo", estaría alienado. Más la conciencia de liberar a "todos los hombres" es también parte integrante de la evangelización. Ser misionero y hacerse apóstol de las naciones es condición del cristianismo.

Es imposible evangelizar sin admitir una actitud abierta de llegar a cada persona como Dios lo hace y la Historia lo sitúa. El culto y crecimiento de la fe que terminasen en un afecto a la Iglesia católica, sin despertar a la dimensión misionera, serían actitudes de hombre religioso, y no de cristiano.

La Iglesia debe anunciar, al hombre de hoy que él es, por designio divino, Hijo de Dios, con todos sus valores materiales y espirituales, en las dimensiones de comunión con Dios, con el otro, consigo mismo y con las cosas creadas (GS. 13).

La religiosidad popular y la peculiar devoción a María son elementos importantes para la vida de fe del pueblo latinoamericano y brasileño. Todo crecimiento en la educación de la fe debe tener en cuenta estos datos. Ser hombre religioso y no haber llegado a una fe evangélicamente esclarecida, es la situación frecuente del hombre en nuestro continente. Por lo tanto, el respeto y el estudio de la religiosidad son condiciones indispensables para la evangelización del hombre en América Latina.

Cuando se trata de acciones concretas, dentro de una visión ecuménica, no se debe preguntar a qué iglesia pertenece el otro, sino se debe verificar si ese otro está abierto a la persona humana y si acepta el principio doctrinal de que la liberación del hombre es tarea de todos.

Jesucristo —Dios que se hizo peregrino de la Historia— se situó en el centro de la misma historia. Su acción evangelizadora y la de su Iglesia buscan construir el Reino de Dios. La Iglesia quiere construir el reino y evidenciar que Jesús, el Hombre-Dios, debe ser el centro de la Historia.

El Reino de Dios, aunque no sea de este mundo, es fuerza que exige realizaciones concretas dentro de los modelos reales históricos de este mundo.

Puede en nuestra historia hasta generar conflictos fuertes.

El Reino de Dios es fuerza.

El Señor Jesús, servidor del Padre y de los hombres, vino a servir.

La Iglesia es servidora de la Palabra y del Reino de Dios.

Construir el Reino exige tener "paciencia" con el pecador, inclusive el opresor.

Construir el Reino es visibilizar la gloria del Padre, que está en el cielo.

SUGERENCIAS PARA LA ACCION EVANGELIZADORA EN AMERICA LATINA

Después de algunos enfoques de nuestra realidad latinoamericana y de algunos elementos para juzgarla, presentamos algunas sugerencias para una acción evangelizadora de la Iglesia en la América Latina.

Sugiérense, pues, diversas iniciativas:

(Por falta de espacio, omitimos esta parte)